

¿POR QUÉ UN HIJO CRECE RESENTIDO?

CONTENIDO

¿Por qué y cuándo un hijo crece resentido?

- ◆ Cuando el hijo crece entre las hostilidades de sus padres.
- ◆ Cuando uno de los padres descarga sobre el hijo su coraje y frustración.
- ◆ Cuando uno de los padres vuelve al hijo su cómplice y confidente.
- ◆ Cuando el hijo crece oyendo las críticas de uno de sus padres en contra del otro.

- ◆ Cuando el hijo crece sintiendo que todo lo demás es más importante que él.

¿Cómo evitar que un hijo crezca resentido?

- ◆ No postergues tu vocación de Madre o Padre.
- ◆ Atiende no sólo a las necesidades materiales de tu hijo, sino también las emocionales y espirituales.
- ◆ No le transmitas tus enfermedades y disfunciones relacionales.
- ◆ Protege su mundo infantil.
- ◆ Expresa a tu hijo afecto, aceptación y amor, de forma incondicional.

Esta temática abarca una gama realmente extensa, de malas experiencias en la relación padres-hijos en muchos hogares.

Padres y Madres demasiado ocupados, una vida demasiado crispada por la excesiva celeridad de los acontecimientos, las presiones y el estrés de los diferentes ámbitos, son —sin duda alguna— razones que agravan la difícil y frágil relación padres-hijos, en nuestro tiempo.

Muchas veces los padres y las madres, sin advertirlo, van generando en los hijos sentimientos y actitudes que más tarde le hacen crecer resentidos.

Pero no hace falta hablar del mundo actual para encontrar un contexto apropiado para tratar el tema de las dificultades en las relaciones padres-hijos. Ya desde las épocas bíblicas era una preocupación en la Iglesia. Ejemplo de ello es la amonestación que San Pablo hace a los creyentes en Efesios. En su carta les escribe:

“Y ustedes, padres, no hagan enojar a sus hijos, sino críenlos según la disciplina e instrucción del Señor.”

Efesios 6:4

San Pablo está hablando a los padres de no provocar un

estado de enojo y resentimiento en sus hijos. Yo pregunto a los padres —hombres y mujeres—: ¿De qué manera están haciendo enojar a sus hijos, generando con ello un resentimiento como producto de un coraje y malestar reprimidos?

Es lamentable ver que algunos hijos, ya adultos o mayores, no quieren visitar a sus padres —o se sienten casi “obligados” a hacerlo— en los días de fiesta, como la Navidad, cumpleaños, etc. Esto se debe a que tienen un coraje reprimido o un resentimiento muy profundo contra Mamá o Papá, por situaciones acontecidas en la infancia o la adolescencia. Por otro lado, ¡qué maravilloso es ver hijos que quieren estar con sus

padres, cuando estos ya son adultos!, con lo que indican un alto grado de buena salud en las relaciones padres-hijos.

Cuando los hijos son adultos y no quieren saber nada de sus padres, y no hay forma de hacerlos volver a casa una vez que se fueron, es porque algo pasó en el proceso de la infancia a la adolescencia y la adultez. Son muchos los hijos que crecen resentidos con sus padres, y ello produce desdicha en ambos lados. El hijo no es feliz, el resentimiento le roba la posibilidad de disfrutar la compañía de sus padres; tampoco el padre o la madre son felices, pues se sienten abandonados, tristes y solitarios, porque el hijo no les visita ni quiere saber de ellos.

Ahora bien, muy pocos de esos padres van a reflexionar y admitir que fueron ellos quienes crearon ese escenario en el que su hijo creció resentido.

Lamentablemente, éste es el cuadro realmente dramático y bastante común en las relaciones familiares del mundo en la actualidad: Hijos que crecen resentidos con sus padres.

Tomemos, entonces, la preocupación de San Pablo a este respecto. Hagámosla nuestra, y demos respuesta a la interrogante: ¿Por qué un hijo crece resentido?

¿POR QUÉ Y CUÁNDO UN HIJO CRECE RESENTIDO?

Cuando un niño —que se va desarrollando a joven adolescente— reprime sus corajes y frustraciones, va gestando en él una especie de condición emocional que, a manera de volcán, está siempre a punto de erupcionar. A esta condición solemos llamarla “corajes reprimidos”. Luego, se llega el momento en que su condición emocional le genera amargura y descontento, y acaba en un profundo resentimiento.

Muchas veces el hijo no sabe apuntar hacia un asunto específico como causa de su

condición; sólo se siente molesto y resentido con Papá o Mamá, y no sabe exactamente el porqué. Y es que, por lo general, el resentimiento se gesta a lo largo de muchos años, y de manera muy sutil, entrelazando episodios y experiencias de la cotidianidad.

Veamos a continuación algunas de las razones por las cuales un hijo crece resentido con sus padres.

CUANDO EL HIJO CRECE ENTRE LAS HOSTILIDADES DE SUS PADRES

Esto es como sembrar entre la maleza. La maleza —Jesucristo lo dijo—: Ahoga la buena semilla, o la sepulta. De igual manera, las virtudes y cualidades de los hijos pueden ser ahogadas por la maleza de las hostilidades de padres que —sin cuidarse de que tienen en el hijo a un observador serio frente a ellos— piensan que los niños no entienden los problemas de los adultos. Pero no; aunque sean muy pequeños y parezca que andan deambulando alrededor de sus padres —aparentemente entretenidos entre sus juguetes y sin prestar atención a lo que ellos hablan

o hacen—, no es así. Ciertamente les están escuchando y observando, y asimilando todo lo que ellos hacen y dicen.

Es que el aprendizaje infantil comienza aun antes que las capacidades intelectuales estén totalmente desarrolladas. Es decir, un niño puede captar el ambiente de su hogar, aun cuando no sabe hablar; puede entender qué es un ambiente de disputas y pleitos; y aunque el niño no tenga siquiera la capacidad de articular una palabra. Al captar ese ambiente, comenzará a sufrir sus primeros estados de miedo, inseguridad y angustia, y con ello comenzará a gestarse el resentimiento hacia sus padres.

CUANDO UNO DE LOS PADRES DESCARGA SOBRE EL HIJO SU CORAJE Y FRUSTRACIÓN

Hay padres inmaduros emocionalmente, quienes al no poder procesar las presiones de la vida, lo descargan sobre sus hijos. El problema es que lo descargan en pequeñas criaturas que no están listas para ello, y se les traduce como experiencias de rechazo; luego crecen creyendo que sus padres no les quieren o que no son importantes para ellos. Incluso he manejado casos de niños que crecen sintiendo que ellos eran los culpables de las interminables y

frecuentes disputas entre Papá y Mamá.

Cuando uno de los padres, descarga su coraje o frustración sobre el niño, irremediablemente va a producir un hijo resentido. Y aunque no haya —ni logren identificar— razones específicas del comportamiento resentido del hijo, comenzará a sentir el rechazo abierto de su hijo.

Los padres se preguntarán ¿por qué? Habrá que remontarse a los años de infancia de los hijos y revisar si Papá o Mamá era una persona irritable, alzaba el tono de la voz, gritaba todo el día, usaba palabras impropias, o volcaba sobre el hijo sus frustraciones de la vida.

CUANDO UNO DE LOS PADRES VUELVE AL HIJO SU CÓMPLICE Y CONFIDENTE

Cuando uno de los padres vuelve al hijo confidente de sus problemas o cómplice en sus disputas con su cónyuge, definitivamente, dejará como saldo final chicos resentidos con Papá o Mamá.

No olvido el caso de una jovencita —hace ya muchos años atrás—, que recién entrada a la adolescencia salió embarazada. Cuando conversé con ella me dí cuenta de que ella era tratada por sus padres como un tercer adulto en casa. La madre, prácticamente, la volvió su confidente. Le confiaba sus discrepancias y

sus frustraciones con su esposo; le contaba todos sus asuntos personales como mujer adulta. La jovencita —que iba a la Iglesia desde muy pequeña, aunque sus padres no lo hacían— tenía una cierta madurez espiritual, aunque no emocional. En su madurez espiritual, daba consejos a su madre en cuanto a leer la Biblia, orar y buscar al Señor. Al llegar a la adolescencia, y salir embarazada, una de las razones —encontrada entre líneas— fue que la jovencita estaba harta del ambiente familiar y de ser confidente de su madre, y se volvió proclive a comportarse como adulta antes de tiempo. La trataron como adulta siendo niña, y de manera precoz la lanzaron a una vida adulta; y rápido se enredó en una

relación sentimental que la dejó en estado de embarazo. Es claro, entonces, que cuando uno de los padres vuelve al hijo cómplice en sus disputas con el cónyuge o en confidente de sus problemas, deja como saldo final chicos resentidos con Papá o Mamá.

CUANDO EL HIJO CRECE OYENDO LAS CRÍTICAS DE UNO DE SUS PADRES EN CONTRA DEL OTRO

Aun cuando el matrimonio es, supuestamente, el escenario de mayor plenitud y realización, se ha convertido en el escenario más conflictivo para las relaciones interpersonales.

Muchas veces los padres —en su inmadurez emocional— se critican abiertamente, a vista y oídos de sus hijos.

¡Cuántos chicos dicen: Mi Papá “Es así...”, sólo porque se lo escucharon decir a lo madre!, o viceversa. Son chicos que crecieron en una atmósfera donde Papá y Mamá constantemente se criticaban y desaprobaban el uno al otro. Y en un ambiente de juzgamiento y censura, como tal, los chicos crecen hartos de escuchar críticas de uno u otro de sus padres, y terminan profundamente resentidos con ellos.

CUANDO EL HIJO CRECE SINTIENDO QUE TODO LO DEMÁS ES MÁS IMPORTANTE QUE ÉL

Ejemplo de esto es cuando los padres le dan más importancia a la carrera profesional, a la adquisición de bienes, al estatus social, etc., al grado que los hijos crecen en un cierto tipo de abandono. No se trata de un abandono literal, es decir, en el sentido físico; pero sí de un abandono afectivo-emocional y de atención.

Este tipo de abandono ocurre cuando los hijos crecen con poco acompañamiento por parte de los padres. Y no es que los padres no amen a sus hijos, ni que no sean

responsables con ellos para velar por sus necesidades. Es más bien un problema de enfoque; es decir, que los padres quieren dotar a sus hijos de la mejor condición económica, el mejor sitio para vivir, la mejor escuela y las mejores prendas de vestir; pero no se dan cuenta que un niño puede tener todo eso, y al mismo tiempo sentirse profundamente necesitado de afecto y aceptación, por lo que crece con cierta aflicción emocional. De manera indirecta los padres van comunicando al hijo que todo lo demás es más importante: el auto, la casa, los amigos, el pagar las cuentas... Por su parte, el hijo siente que para sus padres todo es más importante que él! Y no es que todas esas posesiones y bienes no sean buenas, sino

que, de cara a la vida, lo que más importa es la felicidad verdadera y la plena realización del hijo.

¿CÓMO EVITAR QUE UN HIJO CREZCA RESENTIDO?

A continuación una serie de consejos sobre cómo puedes tú, Padre o Madre, evitar que tu hijo crezca resentido.

Primer consejo:

NO POSTERGUES TU VOCACIÓN DE MADRE O PADRE

En consejería, en más de una ocasión he tenido que decir a alguien: "Usted escogió ser mujer y no ser madre, con relación a sus hijos. Porque se dedicó a vivir el problema de los celos, de la inseguridad y de los

reproches en su vida conyugal, y no se dio cuenta de que estaba dejando de lado su responsabilidad como madre, de criar y formar a sus hijos."

Cuando aconsejo no postergar la vocación materna o paterna, me dirijo principalmente a madres y padres que se enredan en disputas, celotipias y todo tipo de líos en su relación conyugal, con lo que anteponen su condición de mujer u hombre —o de esposa o esposo—, y olvidan o relegan su vocación de madre o padre.

Cuando se decide traer hijos a este mundo, ya no se puede ser sólo mujer u hombre, sino también se requiere ser responsable como madre y como padre. Los padres no

deben engañarse pensando que para criar hijos basta con pagar las cuentas, pues resultarán hijos que viven frustrados, resentidos... icansados de la vida!

Mi consejo, entonces: Comienza a vivir el papel de Madre o Padre que Dios te ha asignado. Asume tu responsabilidad. Comienza a ejercer ese papel estelar que Dios te ha asignado.

Segundo consejo:

ATIENDE NO SÓLO A LAS NECESIDADES MATERIALES DE TU HIJO, SINO TAMBIÉN LAS EMOCIONALES Y ESPIRITUALES

Suelo decir a mis feligreses en la iglesia

que, cuando le pregunto a un chico adolescente o a un muchacho universitario, si recuerda la marca de la ropa o de los zapatos que sus padres le compraban cuando niño, la respuesta es que no lo recuerda ni le importa. Pero cuando les pregunto si sus padres estuvieron presentes en los momentos importantes de su vida o si se la pasaban peleando, eso lo recuerdan hasta en el más mínimo detalle, pues fueron momentos que calaron profundamente en la conciencia del niño o adolescente. Las marcas de prendas de vestir nos se quedan en los recuerdos de los hijos; los momentos de acompañamiento y las palabras de aprecio y ánimo, sí.

A veces, por proveer a sus hijos la mejor escuela de la

ciudad, se esfuerzan y luchan por pagar las escuelas más caras —aunque algunos, más que por el beneficio de los hijos lo hacen por el estatus que ello representa de cara a sus amigos y conocidos, o para que se les reconozca como gente exitosa—. Sin embargo, a final de cuentas, los padres pueden pagar la mejor escuela y con grandes sacrificios, pero aun así tener resultados patéticos en cuanto a la felicidad y realización del hijo.

Por ello mi consejo: No te dediques a atender sólo necesidades materiales, de estatus social o económicas, vela también por las necesidades emocionales y espirituales de tu hijo. En lo personal, yo no olvido las profundas necesidades emocionales de mi infancia

que mis padres no pudieron advertir. Quizás haya niños más sensibles que otros, pero ¿cómo diferenciar entre unos y otros? Tendrás que discernir y aprender a descubrir las necesidades emocionales y espirituales de tu hijo... y dedicarte a satisfacerlas

Tercer consejo:

NO LE TRANSMITAS TUS ENFERMEDADES Y DISFUNCIONES RELACIONALES

Noto, al observar las relaciones padres-hijos —ya que mi labor de consejero me permite hacerlo—, que hay niños que “pintan” o reproducen el temperamento de Papá, de Mamá, del Abuelo, o de la

Abuela; y no sólo en cuanto a la herencia genética, sino también, a la conducta aprendida. Aprenden los resabios de Papá, Mamá, o de otras personas con influencia determinante sobre ellos. ¡Cuántos niños están aprendiendo moldes conductuales que más tarde les harán disfuncionales en sus propias relaciones! Sean disfunciones de relaciones en el matrimonio, con los hijos, en el trabajo o con los amigos, se verán afectadas por ese "contagio" de las enfermedades y disfunciones de sus padres.

Por eso mi consejo: Madre, Padre, haz todo lo posible por no transferir tus enfermedades emocionales y disfunciones relacionales a tu hijo. Porque, ¿quién no tiene enfermedades emocionales?,

no hay ser humano perfecto. Y si hablamos de disfunción en las relaciones, ¡claro que la tenemos! Por seguro luchamos con complejos, inseguridades, problemas de autoestima; y aunque no podemos culparnos por tener dichas enfermedades y disfunciones, sí podemos responsabilizarnos de no convertirlas en un mal generacional, que correrá a nuestros hijos, y de ellos a sus hijos.

Cuarto consejo:

PROTEGE SU MUNDO INFANTIL

Protege su mundo infantil de las frustraciones adultas. Va a llegar la época cuando tu hijo —ahora niño o adolescente— se convertirá

en un adulto. Y él, por sí solo, se irá dando cuenta de que la vida no es fácil. Pero introducir a empellones a un niño en las frustraciones adultas, o meterlo en medio de los dramas y disputas de Mamá y Papá —antes de tiempo—, o hacerlo participe de grandes conflictos emocionales, es destruir su mundo de sueños e ilusiones, es hacerle un gran daño al niño... ¡Es convertirlo en adulto muchos antes de tiempo!

Seguramente habrás escuchado la expresión de que alguna persona “no tuvo infancia”, para hacer referencia a adultos que cuando niños crecieron tristes, o no jugaron con otros niños. Y es que, por lo general, un adulto que no tuvo infancia es un adulto

disfuncional en sus relaciones.

Mi consejo: Busca que no se contamine el mundo infantil de tu hijo con los gérmenes, bacterias o enfermedades que son propios de la emotividad de la vida adulta. Procura que tu hijo sea niño, todo el tiempo que debe serlo.

Quinto consejo:

EXPRESA A TU HIJO AFECTO, ACEPTACIÓN Y AMOR, DE FORMA INCONDICIONAL

Esto no es negociable. Esto no depende de si tu hijo se porta bien o mal, si hace lo correcto o no, o si baja las calificaciones en la escuela. Expresar afecto, aceptación y

amor a tu hijo no se hace sobre la base del truco en el que “te doy si me das”. Esto debes darlo sin importar la clase de conducta que tu hijo manifieste. Esto no admite condiciones.

Mi último consejo: El afecto, la aceptación y el amor, se ofrecen sin condición. Si tú, como Madre o Padre brindas estos tres componentes a la relación con tu hijo, estarás fortaleciendo su autoestima de niño o adolescente; y, sin duda alguna, las calificaciones escolares, la conducta y la vida toda de tu hijo irá mejorando, hasta alcanzar la felicidad y

realización plena que tanto anhelas para él.

Este pequeño libro es parte de la serie REALIDADES, de la autoría de RENÉ PEÑALBA. Dicha serie tiene la finalidad de difundir el consejo de la Palabra de Dios sobre asuntos de la vida diaria.

www.renepenalba.org

CCI Publicaciones

(504) 2235-5968

ccipublicaciones@ccihonduras.org

www.ccihonduras.org

